

## editorial

**H**asta aquí hemos dedicado la mayor parte de nuestra reflexión colectiva, expresada en cada uno de los 19 editoriales que preceden a este número, a pensar sobre las condiciones presentes de nuestro quehacer filosófico; vale decir: a establecer cuáles son las representaciones que operan sobre nuestro tiempo y los peligros que lo acechan. Así, además de establecer un estado de situación conceptual sobre la coyuntura donde se inscribe nuestra tarea, hemos hecho propuestas concretas, entre las cuales se destaca, ante todo, el delineamiento de un *Estado orgánico*, cuyo objetivo de máxima es acoger, proteger, articular los devenires minoritarios que hacen de todos los grupos y sujetos concretos una diferencia -y por otra parte, limitar, regular, reprimir aquellos devenires mayoritarios que bloquean las diferencias. Esa estatalidad capilar y “desde abajo” es, huelga decir, la contracara del Estado zombi que, en una repetición demoníaca, nos asedia en el presente: el retorno farsesco, no exento de patetismo, a los viejos símbolos del Estado-nación -la banda y el bastón, los tanques y el traje de fajina, etc.- como medio para investir de legitimidad estatal la destrucción desde dentro de la propia estatalidad. Y es que, por paradójico que parezca, el *Estado suicida* también es representativo, al igual que su cabeza visible, de una capilaridad anti-minoritaria que cree encontrar en el reconocimiento de las disidencias -con su consecuente cuestionamiento del *status quo*- las causas profundas de la decadencia nacional. En consecuencia, la supuesta respuesta a los enormes desafíos de este presente de penuria sería simple, demasiado simple: regresar al tiempo prístino del origen, cuando los conceptos eran claros y los hombres, hombres; las mujeres, mujeres; la patria, el faro de Occidente; y la propiedad privada, el fin indiscutible de toda empresa humana.

Sin embargo, la apuesta por la repetición desnuda del pasado enmascara -cómo no verlo- una dificultad insalvable: el *tiempo*, que condena a la repetición a disfrazarse cada vez. En efecto, ni el

presente puede ser una repetición del pasado, en la medida en que el mismo contenido cambia por el sólo hecho de ocupar momentos temporales distintos (la nota do que escucho ahora y la que acaba de sonar se distinguen irremediabilmente aunque su materialidad permanezca inalterada), ni el futuro puede ser pensado como una mera proyección del presente, pues si así fuera no habría posibilidad de novedad, sorpresa o frustración ninguna respecto al porvenir. Pero mejor no hablar de ropajes ni disfraces; lo que exigen los tiempos es ir en busca de una ilusión sencilla (aunque imposible) y caminar con confianza hacia adelante mirando hacia atrás. En el futuro todxs estaremos mejor (o muertxs, según se mire). Para eso son la Secretaría de “Culto y Civilización (!)”, la reivindicación de la sangre derramada en el desierto y en los centros clandestinos de detención, la exacerbación de la masculinidad patriarcal (con la doma y el culto a la penetración en primer plano) y, con ella, la crueldad, la soberbia y la obediencia debida al autoritarismo más ramplón. Mesianismo de cotillón para el imperio de la mediocridad.

Hoy, frente a un panorama cada vez más desolador, nos preguntamos nuevamente, como once números atrás: ¿qué hacer? Y es que, ¿acaso hay algo que podamos hacer *qua* filósofxs para cambiar nuestro tiempo? Queremos decir, no en tanto militantes de causas diversas –asunto que reivindicamos y creemos extensivo de nuestro hacer intelectual– sino en la inmanencia de nuestra tarea misma, en tanto productorxs de teoría, porque no deja de ser cierto que, muchas veces, nuestra producción está disociada de la realidad que queremos transformar. Como el tero, ponemos los huevos en un sitio distinto de donde armamos el espamento. Hay múltiples razones para ello, entre las cuales la exigencia de acreditar nuestra producción en revistas científicas no debe ser soslayada (aquí reside, sin dudas, una de las razones más fuertes que nos llevaron a crear *Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea*). Pero aún cuando tengamos la fortuna o el coraje de hacer coincidir la producción teórica con nuestras convicciones, la pregunta insiste: ¿en qué consiste nuestra tarea como productorxs de conceptos? ¿Puede agotarse la filosofía en la reflexión teórica, en el retorno al pasado para rediscutirlo a la luz del presente? Ya Nietzsche nos advertía sobre los riesgos de una filosofía de anticuario, empantanada en la discusión erudita sobre el pasado. Pero tampoco se trata, por supuesto, de renunciar a la crítica de los clásicos ni de lxs marginadxs de la historia, pues

sabemos que nuevas preguntas auspician nuevas respuestas, que se pueden hacer lecturas no-clásicas de los clásicos o sumar nuevxs interlocutorxs al diálogo. Se trataría, más bien, de otra cosa: de ir más allá de la crítica, de su hegemonía en la tarea filosófica, para pensar una filosofía del futuro, comprometida en pensar conceptos de cosas que (aún) no existen.

Pues el futuro no sólo supone en el presente la apertura a la contingencia de “lo que aún no es” sino que el futuro también opera en el presente, moldeando las posibilidades del momento actual. En este sentido, crear conceptos para el futuro es una actividad del presente que a la vez que implica interpelar el pasado, predelinea el campo de los posibles. Pongamos un ejemplo concreto, muy al tono con los tiempos que corren: pensemos *el mercado*. Bajo cierta perspectiva, Estado y mercado son conceptos antagónicos, pues si se entiende que el mercado no es más que una complejión de intereses, donde cada agente persigue únicamente la concentración de la renta y los recursos, tarde o temprano, los agentes más poderosos devorarán a los más débiles –de aquí que la conformación de monopolios u oligopolios sea el resultado necesario de dejar a los mercados librados a su propia suerte. Frente a esto, el Estado, construcción colectiva que persigue fines comunes, interviene para restringir la concentración de los flujos y redistribuir los recursos entre los agentes menos favorecidos. Pero por muy ajustada a los hechos que esta descripción pueda ser, en ella se asumen un sinnúmero de supuestos. Ante todo, que cuando hablamos de “mercado”, estamos refiriéndonos siempre y en todo lugar a la forma que adopta bajo el sistema capitalista; y con ello, desconocemos no sólo que el capitalismo es una clase entre otras de organización económica, sino que el mercado puede ser mucho más que un espacio de competencia y disputa. En efecto, el mercado es también un espacio de intercambio no sólo de bienes sino también de afectos, ideas y saberes: punto de encuentro y discusión –no por casualidad el ágora de los filósofos coincide con la plaza pública y el mercado. Esto es, si pensamos el mercado más allá del intercambio de mercancías entre sujetos privados, homogéneos y mensurables, habrá también un mercado para “intercambios inconmensurables”, asimétricos e incalculables o habrá mercados para intercambios que sin renunciar al rédito no persiguen como fin la maximización de la ganancia, sino la mutua conveniencia entre las partes (como los clubes de trueques, por ejemplo).

Pero aún así, no deja de ser cierto que el intercambio mercantil requiere la comparación entre los elementos en juego y para ello es necesario establecer una medida común que permita realizar la comparación que está a la base del comercio. El “metro patrón” que permite equiparar los términos del intercambio es, por supuesto, el dinero. El propio Aristóteles ya señalaba que la complejización del comercio conduce al desarrollo del dinero como “metro patrón”, pues el trueque tiende a encontrar dificultades logísticas insalvables en tanto es necesario no sólo transportar lo que se quiere adquirir sino también lo que se ofrecerá a cambio. De manera que, si bien el dinero no es condición para el intercambio, en tanto unidad de medida es un instrumento que permite perfeccionarlo. La monetización del mercado, por su parte, contribuye a su abstracción, ya que el dinero, en sí mismo, es una entidad ideal. Por esa razón, el dinero devenido medida común favorece la homogeneización universal al volver abstractos los términos del intercambio. En consecuencia, todo pasa a ser considerado en términos estrictamente monetarios. Simplificamos un proceso mucho más complejo; el fetichismo de la mercancía no logra su fantasmagoría en forma clara y distinta. El estudio de las dimensiones y factores en juego exigiría desarrollos, debates e investigaciones que exceden este espacio editorial. Pero el resultado es el que tenemos a la vista en la Argentina del 2024: hemos llegado al absurdo de sacrificar la salud, la educación, la ciencia, la cultura y hasta el alimento en nombre del “déficit cero” y la “estabilidad macroeconómica”. Si la economía se reduce al cálculo monetario, la vida y la muerte no son más que renglones de un asiento contable. Tener un Ministerio con el oximorónico nombre de “Capital Humano” es el final grotesco de estos reduccionismos.

Aquí, seguramente, deben buscarse las causas profundas del encono con que la facción gobernante ataca a las identidades minoritarias, lxs docentes, lxs médicxs y, en general, a cualquiera que ponga en duda la piedra de toque de su metafísica: vale decir, que todo tiene un precio y que nada vale más que él. Esta idea, sin embargo, no emana de las cosas mismas sino que responde a una posición teórica que encarna intereses bien concretos. Por esta razón, el sólo hecho de sostener que la mercantilización encuentra un límite absoluto en lo inconmensurable (lo que vuelve

imposible el intercambio) resulta una afrenta imposible de asimilar para el dogmatismo mercantilista. En este contexto aciago, el amor, la generosidad, la gratuidad o ser simplemente quien cada unx es, devienen actos revolucionarios.

Esta breve reflexión sobre el mercado –cuya síntesis podría expresarse así: *el mercado es más de lo que se piensa, pero tampoco todo lo que hay*– debe bastar para mostrar que la crítica de la crítica no se resuelve simplemente con un rechazo de la crítica sin más, sino, más bien, con la subordinación de la crítica a la tarea infinita de crear conceptos para el futuro. Ante todo, la crítica conceptual es necesaria para establecer las condiciones del problema donde se pretende intervenir filosóficamente. Las soluciones que se propongan, por su parte, nunca deberán ser postuladas como respuestas definitivas –al dogmatismo no se lo combate con más dogmatismo–, sino como soluciones sujetas a una determinación progresiva entre los hechos y la teoría. El pensamiento del futuro que esta revista invita a transformar en textos y en acciones debería versar, por ejemplo, sobre el tipo de mercado consistente con una estatalidad orgánica y, con ello, preguntarse por la moneda que tal mercado requeriría, por los deseos que articularía y por el tipo de comunidad que se gestaría en su seno. “¿Qué va a reemplazar a la filosofía? –se pregunta Deleuze– ¿Qué va a crear conceptos? ¿La informática? ¿Los publicistas?”. Tenemos la convicción de que, cuanto menos, estas páginas no serán cómplices del abandono de nuestra responsabilidad filosófica por el porvenir.

*Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea*

GRUPO EDITOR